

ARQUITECTURA, SOCIOLOGÍA Y REPRESENTACIÓN DEL ESPACIO URBANO

*Pedro Sanches Vera**

El problema que abordamos en el presente trabajo es el de la percepción y la imagen del espacio urbano dentro del problema de la representación espacial. Un asunto que ha interesado e interesa cada vez más a la Arquitectura y a la Sociología, concretamente a la sociología del espacio, que es la disciplina que más se acerca al centro de la naturaleza social de la arquitectura y del urbanismo.

Si partimos de la idea de que el espacio es algo más que la pura materialidad, tendremos que aceptar que éste tiene unas enormes implicaciones sociales, ya Kant definía al espacio como "la posibilidad de coexistencia". Partiendo de esa definición, uno de los principales sociólogos del espacio, Simmel (1977) analiza como la vida social debe contar con ciertas peculiaridades del espacio, estas son para Simmel:

- 1ª La exclusividad, esto es, que cualquier trozo de espacio es único. No hay dos Belo Horizontes, ni dos Españas.
- 2ª La existencia de límites sociofísicos del espacio por causa de su uso social. El límite no es un hecho espacial con repercusión sociológica, sino un hecho sociológico con una forma espacial.
- 3ª Los contenidos o delimitación en el uso se fijan dentro de una forma espacial.
- 4ª La importancia de la proximidad o distancias sociofísicas entre individuos, grupos sociales, etc. Incluye en este apartado Simmel un ensayo sobre la relatividad cultural de los sentidos (vista, oído, olfato, etc) que está muy relacionada con la variación de distancias socio-

físicas en las diferentes culturas.

5ª La libertad de movimiento en el espacio o cambio de residencia (incluye aquí un interesante ensayo sobre la figura del extranjero).

La percepción y la imagen de la ciudad están estrechamente relacionadas con la naturaleza social del espacio urbano, que si bien tiene elementos diferenciales, también comparte rasgos comunes.

El espacio urbano es un tipo de espacio, pero coincide en cuanto a su percepción y representación, de los condicionamientos básicos de la aprehensión e interiorización de la objetividad y de la subjetividad espacial que conlleva la propia condición social del espacio. Vamos a ver cómo conocen, perciben y se representan los individuos, el espacio de la ciudad en la que habitan. Nos aproximamos en las páginas siguientes a las bases sociales que condicionan la percepción del espacio de la ciudad.

Como hecho objetivo, la ciudad se impone en sus normas y formas espaciales a los sujetos. Pero también es percibida esa realidad de manera diferente, por cuanto la subjetividad es la resultante de la experiencia personal de interacción del sujeto con el espacio. (Sanchez Vera, 1986)

Para ser rigurosos, más que hablar del espacio urbano, habríamos de hablar de los espacios urbanos en plural. Por cuando en la ciudad hay diversidad aunque también continuidad espacial y las experiencias personales de relación con el espacio, son también diferentes. El conocimiento de la realidad espacial, va a estar mediatizado tanto por la posición del agente dentro del espacio social urbano, como por la propia materialidad de éste en sus cualificaciones, características y símbolos. De esta manera lo topológico y lo simbólico van a estar estrechamente unidos en la representación espacial de la ciudad. (Muntañola, 1979)

Esta percepción o representación del espacio es, en última instancia, un problema del conocimiento de una realidad espacial específica, como es la ciudad. Es por tanto ante todo un problema cognitivo (Kohlsdorf, 1994, p. 189-197) (Piaget, 1971) y también social (Sanchez Vera, 1987). Tal como manifiesta Chombart de Lauwe, la ciudad es la propia imagen de la sociedad: "El espacio público es representado en la psicología de

los hombres de una sociedad y una cultura determinadas tal como están organizados en el cuadro urbano" (Chombart de Lauwe, 1963, p. 7). Un análisis que quiera ser preciso y acotador de la representación social del espacio urbano tendrá que recurrir al conocimiento de los mecanismos de construcción cognitiva y simbólica. Como señala Cassirer: "¿Es el espacio 'en' el que nos representamos las cosas algo simplemente dado de forma intuitiva o es acaso el producto de un proceso de formación simbólica?". (Cassirer, 1976, p. 172)

La gestación de la ciudad, sus funciones dentro del contexto político y económico, la participación y gestión de la misma, las formas de ser de sus gentes, así como la propia recreación de la vida cotidiana que en ella se produce, y por supuesto la topología urbana (en tanto que distribución del espacio) y la arquitectura (en tanto que espacio construido), más o menos atractiva y seductora, más o menos hostil y acogedora, hacen de la ciudad un hecho central en la percepción de la propia sociedad que la habita. La imagen de la ciudad en sus espacios urbanos es la percepción socialmente dominante y que goza del mayor grado de aceptación social. Del poder a los sujetos y de éstos al poder, la imagen de la ciudad es históricamente versátil gracias a la acción social de los ciudadanos pero con una enorme tendencia a su persistencia temporal.

Toda ciudad tiene una imagen que se proyecta al exterior ganada a pulso a lo largo del tiempo y a la que han contribuido varias generaciones de ciudadanos. La imagen externa de la ciudad (percepción de quienes la conocen de referencia o por contacto más o menos esporádico, ejemplo: turista) y la interior (la del ciudadano que la vive cotidianamente) no necesariamente han de ser coincidentes porque suele suponer una manera diferente de relacionarse con la ciudad. La imagen de su ciudad, para el habitante de esta, tiene en cualquier caso una parte subjetiva, emocional o afectiva, ya que la ciudad es vivida. De otra parte, esa imagen de la ciudad no va a ser necesariamente la misma para todos sus habitantes, en función del lugar que vivan, de la forma de relacionarse con sus espacios y de la posición social que ocupen; pero sin embargo, existe una imagen dominante que es la parte más objetiva de la representación.

ciencias sociales al que desde luego no es ajena la Arquitectura, ya que supone, de hecho, una reflexión sobre todas y cada una de las contradicciones que en el espacio urbano (en tanto que suma interactiva de espacios públicos y privados) existen por mor del sistema productivo. En este sentido, las aportaciones de la sociología se hacen necesarias, ya sea como reflexión general de las características de la sociedad urbana, o bien sobre las características de la "tecnópolis" (Martín Mateo, 1986) en las nuevas formas de vida urbana, o bien como por la incidencia que el espacio público tiene en las nuevas formas de comunicación según afirma el profesor J. Vidal Beneito (1986):

el espacio público nos saca de la circularidad psicológica y nos establece en un ámbito en el que una interacción social es necesaria como expresión del conflicto social y en el que la referencia al imaginario simbólico juega tanto o más papel que la opinión formulada en un momento dado por un individuo.

Desde el punto de vista de la representación del espacio urbano (como hecho social), el advenimiento de la "modernidad" supone una dislocación o separación entre los conceptos de "espacio" y de "lugar" al fomentar las relaciones entre los "ausentes". Como señala Giddens (1996, p. 30):

En las condiciones de modernidad, el lugar se hace crecientemente fantasmagórico, es decir, los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos.

Cuando hablamos de "percepción", pues nos estamos refiriendo a la parte más sensitiva e individual del acto, mientras que a la "representación" le daremos un contenido más social y simbólico.

Percepción y representación social del espacio urbano

En su relación con el mundo exterior, el espacio es el primer referente del sujeto. En tanto que *physis*, es una de las grandes cosmologías que actúan sobre el conocimiento del sujeto en su representación del mundo y de la sociedad. Como señala Schopenhauer (1983, p. 110):

Sabemos que la pluralidad en general está necesariamente condicionada por el tiempo y el espacio y que sólo en estos se puede pensar, por lo cual le hemos llamado principium individuationis.

Para autores como Kant (1985, p. 71-73), el espacio es una cosmología del mundo, y ante todo es una elaboración cognoscitiva alejada de lo empírico:

Sólo podemos hablar del espacio, del ser externo, desde el punto de vista humano. Si nos desprendemos de la única condición subjetiva bajo la cual podemos recibir la intuición externa, a saber, seamos afectados por los espacios externos, nada significa la representación del espacio [...] el espacio sólo hace referencia a la forma pura de la intuición. No incluye, pues ninguna sensación (nada empírico) y todas las clases y determinaciones del espacio, pueden e incluso deben ser representadas a priori [...]. Si las cosas son para nosotros objetos, son gracias al espacio.

El espacio, es por tanto una base de la naturaleza y de la cultura al estar lleno de simbolismo y de significación social, y por tanto es también una base del "conocimiento del conocimiento" (Edgar Morin), en tanto que «en» el espacio, el sujeto establece sus relaciones con los demás. El lugar que ocupa el sujeto en el espacio va a condicionar su percepción (como base psicológica) y su representación (como base social) del mundo y de la sociedad.

Hay que considerar, por tanto, que en la percepción interviene nuestra posición en el espacio. Percibimos la ciudad de forma distinta si lo hacemos desde un coche que si somos peatones, depende igualmente de la función social que desempeñamos en la estructura urbana; incluso la percibimos diferente si somos capaces de imaginárnosla de otra manera. El espacio percibido es sensible y emocional, y ambos elementos, lo emotivo y lo sensitivo vienen determinados por la posición espacial y por la manera en que nos adscribimos a él. Siendo importante en la percepción del espacio urbano, la forma o topogénesis de la ciudad en tanto que espacio urbano arquitectónico. Como señala M. E. Kohlsdorf (1994, p. 192):

Os autores concordam ao afirmar que a noção de espaço físico (ao qual pertence aquele da cidade) forma-se a partir da apreensão de sua forma, onde é fundamental o papel do aparelho visual-secundado ou, em sua de-

ficiência, o tátil-cinético. No nível da percepção, o observador apreende o espaço onde está segundo duas características: 1ª) Topológica: de situação de seu corpo no espaço, estabelecida pela proximidade ou distância dele aos elementos delimitadores do lugar. 2ª) Perspectiva: de ordenação de seu campo visual, definida pela composição de cena nele contida. [...] Some-se a estas o fato de que, dada sua escala, a percepção do espaço arquitetônico é uma ação que transcorre, necessariamente, através do movimento do observador”.

Los estudios de representación del espacio han tenido muy presente las leyes urbanas y los usos y las costumbres de la ciudad que contribuyen a que cada sujeto se construya su propia imagen de la ciudad; en esta línea van los estudios de K. Lynch (1969). Cada sujeto tiene una imagen propia del espacio, pero es innegable la existencia de similitudes entre las imágenes según clase social, lugar de procedencia, edades, sexos o incluso actividades profesionales o roles que juegan las personas en el espacio que habitan. Así, el problema del espacio es más que un hecho relacional. Es un hecho afectivo y emocional que va a condicionar el método y la manera de representarnos el mundo. Partimos de unas experiencias, trayectorias y biografías espaciales que van a condicionar nuestra construcción de la objetividad. “No sitúo este objeto al lado de este otro y sus relaciones objetivas, tengo un flujo de experiencias que se implican y se explican una a otra lo mismo en lo simultáneo que en la sucesión”. (Merleau-Ponty, 1975, p. 296)

El individuo ocupa unos espacios en los que desarrolla su vida cotidiana, la cual, en gran parte, le va a venir dada desde el exterior si bien mantiene una continua relación de intercambio dialéctico con los sujetos que comparten su mundo. Como señalan Berger y Luckman (1979, p. 40-42): “el mundo de la vida cotidiana se estructura tanto en el espacio como en el tiempo [...]. La estructura espacial posee una dimensión social en virtud del hecho de que mi zona de manipulación se intersecta con la de los otros [...]. Lo que aquí y ahora se me presenta en la vida cotidiana es lo *realissimum* de la conciencia”. Pero también el espacio es una forma de aprehensión de nuestra realidad por parte de los demás, existiendo “un nivel de abstracción donde la colectividad no se comprende más que como una individualidad a través de las diferencias de espacio” (Pellegrino, 1983, p. 68), participando las distintas representaciones de la producción misma de espacio, “así, la identidad del sujeto no es sepa-

table de la espacialidad en la cual es pensado y se realiza". (Ibid., p. 69)

Vistas las reflexiones anteriores, podemos afirmar que entre los estudiosos de la percepción del espacio existe una alta coincidencia en varios aspectos:

- 1º Que se trata de un problema estructural en la socialización de los individuos.
- 2º Que existe un bagaje experiencial que va a dar a la percepción un marcado carácter biográfico.
- 3º Que hay una base objetiva en toda representación en mayor o menor medida.

Cada uno de nosotros va a relacionarse con el medio exterior a través de una representación determinada de lo que nos rodea, que ante todo es una realidad espacial. Así, para unos la forma de relación con el medio es interpretándolo, analizando individualmente el entorno; esa es una forma racionalizadora o racionalista, con esta reflexión solipsista del espacio exterior el sujeto aprehende el mundo externo, se sitúa en relación a él y se construye su propia representación de éste. Hay otras formas menos racionalistas y más sensitivas de representarse los individuos la exterioridad: se trata de estar constantemente experimentando con ella, tanteando qué tipo de respuestas generan nuestras acciones para de esta forma ir elaborando mi representación individual del espacio que me rodea y que a todos nos envuelve.

Estas son, a mi juicio, las dos formas más puras de interiorizar y de relacionarnos con el mundo exterior. Caben otras y, en cualquier caso, es probable que no existan modelos puros de representación más que en su condición de tales modelos. Las relaciones de intercambio sujeto-espacio y espacio-sujeto están basadas en una necesidad cultural de racionalizar y de experimentar cuanto nos rodea. Necesitamos buscar explicación a nuestro entorno inmediato, esa es nuestra forma cultural de relacionarnos con el espacio exterior. Ciertamente que esa explicación viene con harta frecuencia dada, esto es, socialmente objetivada y el sujeto sólo tiene que captar como naturales, hechos, contenidos y símbolos de origen social. En esta dialéctica se va a mover el individuo en su representación del espacio urbano. Nos acostumbramos fácilmente a percibir el espacio de una manera determinada: entendemos como

lógico su organización, su estructura y sus formas espaciales concretas.

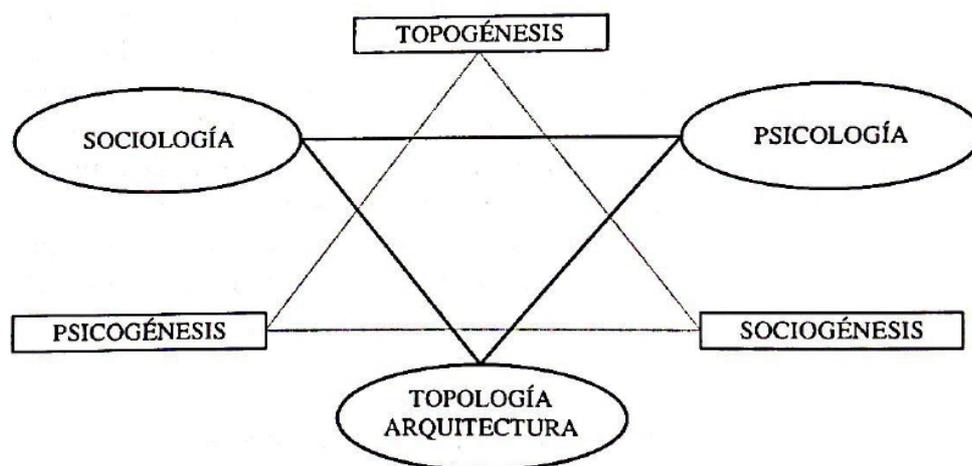
Tergiversar, trastocar las formas dominantes del espacio, elaborarlas de manera diferente e inesperada para el individuo, ahí radican el significado y el contenido revolucionario de algunas propuestas arquitectónicas: trastocar las formas normales (comunes) del espacio y obligar al sujeto y a las comunidades a intervenir activa y directamente en la elaboración de unos nuevos contenidos al espacio urbano construido, rompiendo con lo racional y objetivo del espacio, forzando a los habitantes a buscar sus propias elaboraciones y contenidos. Cambian las proporciones, generan nuevas y sorprendidas sensaciones al individuo en sus relaciones espaciales; forzándoles a participar en la construcción de un espacio individual y social sin que a priori le venga estandarizado.

La parte simbólica de la ciudad es importante. Toda una serie de espacios "centrales" – no necesariamente en el sentido geográfico – condicionan la imagen de la ciudad. Esa centralidad de los espacios esta condicionada por una constelación de elementos entre los que hay que destacar las funciones económico-mercantiles, la función de alteridad-convivenciaocio (la actividad mercantil como tiempo de ocio) y desde luego la propia topogénesis o forma del espacio en tanto que suma de espacio construido, conjunción de espacios urbanos y entre todo esto la parte simbólica donde ciertos espacios totemizan, y representan la conciencia de los ciudadanos, y en los que se recrea la propia imagen de la ciudad.

TOPOGÉNESIS, SOCIOGÉNESIS Y PSICOGÉNESIS EN LA PERCEPCIÓN DEL ESPACIO URBANO

Según lo hasta aquí analizado, el lugar y sus cualificaciones (topogénesis) van a aparecer como el soporte de las sensaciones individuales (psicogénesis) y de las acciones sociales (sociogénesis). Desde esta triple plataforma metodológica elabora J. Muntañola (1978, 1979 y 1980) toda su excelente producción teórica sobre el conocimiento del medio ambiente a partir de la semiótica del lugar donde el cuerpo es un explorador de la realidad. Los sentidos son como una cámara de televisión que todo lo capta y el sujeto va a ir procesando esas informaciones para hacerse su propia representación del mundo.

La complementariedad de tres ciencias: Arquitectura, Sociología y Psicología, es clave para poder entender los procesos de percepción de representación del espacio urbano. Con frecuencia muchos trabajos sociológicos y psicológicos sobre el medio ambiente urbano, tienden a dar prioridad absoluta a las razones puramente sociológicas o psicológicas – o bien a las físicas o a las sociales por separado –, desvalorizando o sin analizar apenas el papel del medio ambiente en si. El diagrama que presenta Muntañola (1978, p. 18) manifiesta la complementariedad e interdisciplinariedad de las ciencias que pueden participar en el estudio de los lugares y que no es fácil afirmar la superioridad de una sobre otra. También es posible ver que tenemos necesidad de estudios propiamente psicogenéticos y sociogenéticos de los lugares y que ambos coincidirán en ver la misma realidad topogenética a través de diferentes vías de aproximación.



Estas tres disciplinas serían las bases a la hora de estudiar la representación social del espacio urbano, pero caben otras. Durante los últimos decenios muchos investigadores han intentado analizar las interrelaciones entre el cuerpo, el cuerpo del otro y el medio ambiente, a partir de perspectivas científicas diversas. Tres perspectivas han sido las dominantes. Por un lado la perspectiva psicoanalítica intenta descubrir en las relaciones entre el cuerpo, el cuerpo del otro y el medio ambiente, razones de corte psicológico en términos de represiones, connotaciones sociales, obsesiones, etc., basándose en la teoría de las "transferencias"

entre cuerpos y entre cuerpos y objetos. En este sentido, la vivienda (o el propio automóvil) en tanto que espacio privado, llega a ser una extensión del cuerpo, la cual en casos de anormalidad, puede llegar a poseer las mismas características anormales del cuerpo. Por otro lado, la perspectiva semiótica analiza las relaciones entre los cuerpos y el medio ambiente como un sistema de comunicación y/o significación, siguiendo los pasos de la lingüística. Según esta aproximación científica, cada cultura establece unos "códigos" de comportamiento (estilos arquitectónicos, ritos, etc.) y que no pueden entenderse sin un mínimo contacto con la cultura que los ha producido. Por último, la perspectiva de la teoría del conocimiento intenta establecer las bases teóricas de las relaciones entre el hombre y el medio. Tanto actúa desde la psicología como desde la antropología o la ecología, y su finalidad se confunde con la de una filosofía que estudie la cultura como un fenómeno global.

Estas tres perspectivas de análisis de las relaciones de mi cuerpo, el cuerpo del otro y el medio ambiente, se corresponden para Muntañola (1980, p. 54-59) con tres peligros de desintegración y de muerte: el *stress* psicológico, la abstención sociológica y la deprivación física. El cuerpo en tanto que "constructor" de su propia realidad tiene corre estos peligros de desintegración o muerte del medio ambiente:

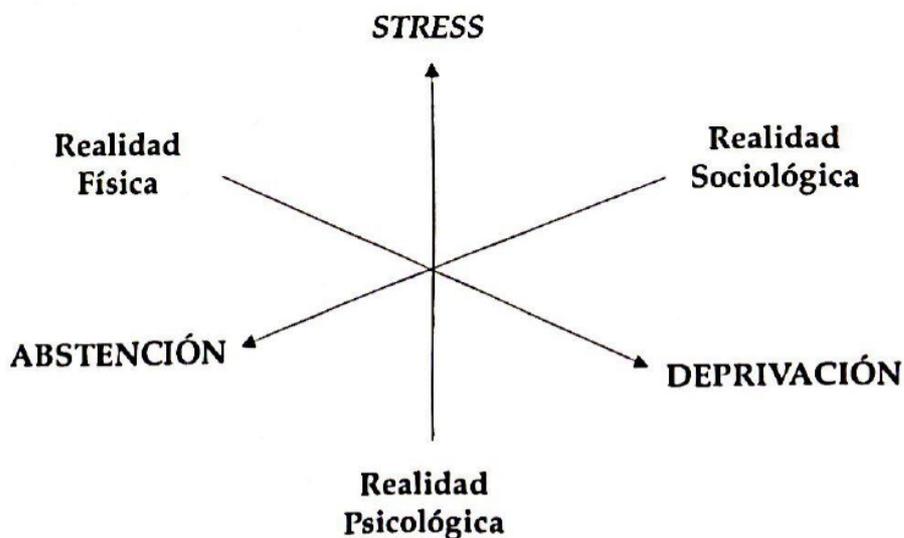
- 1) El "stress" (realidad psicológica) surge cuando se rompe la correspondencia que debe existir entre el tipo de sociedad y de cultura y el tipo de medio ambiente en el que ésta se desarrolla.
- 2) La "abstención" (realidad sociológica) consiste en la despreocupación progresiva y total de la sociedad por el medio ambiente colectivo, por lo que éste se muere poco a poco en manos de unos pocos aprovechados. Con la "abstención" sociológica se produce un exceso de "privatización" psico-física; cada uno vive en su pequeño y cerrado lugar, y en los lugares públicos reina la violencia o la dictadura sin que nadie se atreva a participar en un cambio o en un control social auténtico. La semiótica de unos códigos colectivos de uso y construcción del medio se rompe, y con ella las posibilidades de convivencia. La supervivencia se refugia en los espacios privados. Nadie está a gusto en ningún sitio, y poco a poco se disuelven los vínculos afectivos. La lucha contra la "abstención" es la responsabilización colectiva, ni violenta ni dictatorial, del medio ambiente como patrimonio de todos.

3) "Deprivación física", es decir, la progresiva simplificación del medio ambiente reduciendo su riqueza perceptiva, kinestésica, etcétera, hasta llegar a construir medios artificiales en los que el cuerpo no pone en juego apenas sus sentidos, y en los que no hay diferencias cuando de un lugar vas a otro lugar.

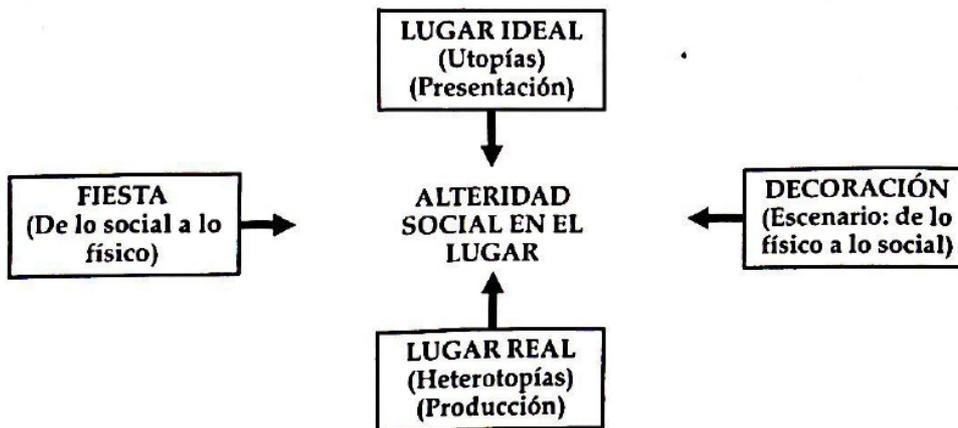
Si el "stress" psicológico debilitaba el propio cuerpo y la "abstención" sociológica debilita los vínculos sociales entre cuerpos, la "deprivación" física del medio ambiente convierte a este último en un medio simplificado, que llega a ser invisible al anular las posibilidades psicológicas y sociológicas de los cuerpos humanos, convirtiéndolos poco a poco en máquinas especializadas, uniformes y permanentemente iguales.

Estas tres muertes del medio ambiente son una excelente plataforma para analizar la percepción que tienen los sujetos de la propia ciudad. Elementos tales como la privatización o el repliegue hacia espacios privados (la casa) que se produce en las personas ancianas y un número cada vez más creciente de sujetos dentro de la ciudad, al encontrar en esta un medio hostil (carente de alteridad e incluso peligroso), son elementos que requerirían de una más profunda reflexión.

Las Tres Muertes del Medio Ambiente



En el esquema de Muntañola, la naturaleza social del lugar es la parte más esencial del medio ambiente, y por eso diseña un modelo de interacción en el que el lugar real y el lugar ideal se encuentren en las relaciones de alteridad entre los sujetos de una colectividad en un lugar como espacio social. La fiesta, en tanto que hecho cultural (que va de lo social a lo físico, y que en suma es una forma de relacionarse con el medio espacial), se ve completado con el escenario o decoración (también de lo físico a lo social). En el diagrama diseñado por Muntañola (1979, p. 84), la naturaleza social del lugar es el elemento más importante de cuantos importan en las relaciones del sujeto con el medio ambiente y por tanto con el espacio urbano, pudiéndose construir la ciudad como un lugar "ecológico" en el que se desarrollen las relaciones social-espaciales.



LO SENSITIVO Y LO TOPOLOGICO EN LA REPRESENTACIÓN DEL ESPACIO URBANO

En la representación del espacio urbano, la base material y formal (topos) es básica. Igualmente son importantes las estructuras físico-sensitivas del individuo, pues en ellas está arraigada la percepción del sujeto. Sin este soporte se hace imposible pensar en la representación. De igual forma, la representación es la parte social que cualifica el espacio y supone un nivel de elaboración simbólico a partir de las estructuras sensibles del individuo. Como señalan (Piaget, Fraise, 1973, p. 128-129):

Todo ser vivo cuenta con órganos sensoriales por intermedio de los cuales entra en comunicación con el mundo físico. El espacio perceptual de este

ser dependerá por lo tanto, por una parte, de las características del mundo físico en el que vive [...]. La presión de un sistema coherente de relaciones espaciales implica: a) Que se establezcan correspondencias entre las relaciones físicas que existen entre los diversos puntos del espacio físico y los estímulos sensoriales que proporcionan. b) Que se establezcan correspondencias entre los diversos datos sensoriales obtenidos a partir de un mismo conjunto de objetos. Esta coordinación no es inmediata: es fruto del aprendizaje”.

Así, toda representación se efectúa a partir de la percepción como adquisición de conocimientos acerca del mundo físico por medio de nuestros sentidos (Armstrong, 1966, p. 138 y ss).

Dicho esto podemos afirmar que no pueden haber símbolos sin haberse éstos previamente concretado en una relación lugar-sentidos; al igual que toda percepción está sobredeterminada por la objetividad y las experiencias del sujeto. Así, hay que aceptar una carga de subjetividad en la percepción:

“la percepción es una relación del sujeto al objeto: éste tiene sus características propias, pero yo lo percibo con mi subjetividad: en mi manera de aprehenderlo se proyectan mi manera de ser, de pensar, modelado por mis experiencias anteriores y por el medio socio-cultural al que pertenezco y mis intereses inmediatos. Toda percepción es, pues una interpretación que implica toda la personalidad. (Sillamy, 1979, p. 239)

Toda forma de pensamiento tiene como condicionante básico un *a priori* perceptivo experiencial, pero a la vez supone una actividad sensorial práctica por parte del individuo, en ella radica la verdadera etiología del conocimiento. Como señalaba Marx (1978, p. 87):

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior – incluyendo el de Feuerbach – es que sólo concibe las cosas (Gegenstand), la realidad, el mundo sensible en forma de objetos (objekt) de observación y no como actividad práctica, no subjetivamente. Por esto, el aspecto activo ha sido desarrollado por el idealismo, en oposición al materialismo, pero en forma abstracta porque el idealismo no conoce, naturalmente, la actividad sensorial real como tal.

Muchas son las menciones que los autores clásicos han hecho sobre la relación entre sentidos y representación, al igual que sobre el carácter

objetivo o no de ésta. Durkheim (1982, p. 10) incide en la dimensión objetiva de la representación: "... La representación espacial consiste esencialmente en una primera coordinación que se introduce en los datos de la experiencia sensible". El carácter objetivo del espacio es remarcado por Durkheim en la medida que los hombres lo ordenan u organizan:

... como todos los hombres de una misma civilización se representan el espacio de una misma manera, es necesario evidentemente que estos valores afectivos y las distinciones que de ellos dimanen les sean igualmente comunes, lo que implica casi necesariamente que sean de origen social". Durkheim entendió, pues, que "las representaciones colectivas son generadas socialmente y que se refieren a la sociedad. (Lukes, 1976, p. 80).

Simmel, por el contrario, adopta un planteamiento más individualista de la representación (Simmel, 1976, p. 79-80): "... La disolución de la absoluta objetividad de los contenidos del conocimiento en formas de representación que únicamente son válidas para el sujeto humano, presupone, sin embargo, la existencia de puntos en algún lugar, a partir de los cuales ya no se pueda continuar". En suma, para Simmel el conocimiento es el que tiene que superar las impresiones procedentes de los sentidos .

También Hobbes reflexiona al respecto de la relación entre sentidos y representación (Hobbes, 1982, p. 70):

... Así, cualquier cosa que concebimos ha sido anteriormente percibida por los sentidos, de una vez o por partes, y un hombre no puede tener idea que represente una cosa no sujeta a sensación.

Igualmente, Husserl (1985, p. 91) busca la parte sensible como base de la percepción del espacio objetivo:

El "verdadero ser" sería un ser definido de otra manera que el dado en la percepción como realidad presente, en persona, el cual se da exclusivamente con determinaciones sensibles, entre las que figuran las del espacio sensible [...]. Permanentemente es el contenido sensible de los datos de la percepción algo distinto de la cosa verdadera y existe en sí, pero permanentemente es también el substrato, el sujeto de las determinaciones percibidas.

Autores incluso como Max Scheler (1969, p. 165, 227), desde un furibundo personalismo fenomenológico llegan a reconocer cómo en las imágenes hay una parte objetiva de la representación:

Las "imágenes" son los objetos idénticos unitarios de la intención, en parte, incluso constituyen los contenidos de la misma percepción [...]. Por lo tanto, la identidad parcial de nuestra vida con la vida que se basa en el mundo de las imágenes del todo, hace comprensible en última instancia nuestra posible participación parcial en las imágenes a través de nuestra percepción.

Lukács (1982, p. 11-14) va a restar importancia al espacio sensible a pesar de considerarlo imprescindible:

El carácter objetivo de las impresiones sensibles no tiene más que un papel de componente – aunque, sin duda, fundamental por determinante del contenido de las percepciones sensibles [...]. El carácter subjetivo que tiene la selección de la realidad – ya incluso al nivel de la simple percepción – tiene, pues, que contener tendencias a una objetividad más auténtica, y ello precisamente en la selección [...]. El principio subjetivo presente en la selección se basa en los intereses vitales elementales de los hombres.

De otra parte, H. Lefebvre (1983, p. 25-28, 31) va a abundar en un hecho que consideramos capital: el carácter objetivo o impuesto de la representación, y lo va a hacer cuestionándose las relaciones entre representación e ideología:

¿de dónde viene el poder de las representaciones, poder indiscutiblemente verificado por la publicidad y la propaganda? ¿Acaso no viene de que, momentáneamente, en una sociedad compleja, tal representación se encuentra proyectada de manera ficticia-real a nivel de la totalidad? Al soportarla sustituye la totalidad y la encarna, en vez de remitir a ella [...]. La totalidad del mundo moderno contiene una contradicción cada vez más manifiesta entre: a) la abundancia de las representaciones, su utilización desaforada; b) el agotamiento de las representaciones, su desgaste, es esfuerzo por renovarlas y por otra parte el esfuerzo por abolirlas, sea por el más acá (naturaleza, intuición, etc.) o sea por el más allá (metafísica, misticismo, etc.) [...]. Las representaciones circulan, pero en torno a fijezas: las instituciones, los símbolos y arquetipos. Interpretan la vivencia y la práctica; intervienen en ellas sin por ello conocerlas ni dominarlas. Forman parte de ellas, sólo las distingue el análisis.

Para Lefebvre, el marxismo no va a abordar en profundidad lo que entiende es un hecho capital: la expropiación del contenido de la cosa; éste es el problema: saber cómo se vacía de contenido a través de la representación en nuestro modo de producción, problema éste clave, nunca suficientemente desarrollado y que desde luego el marxismo deja indemne.

Para el pensamiento marxista, la "representación" se diluye dentro de la ideología; sin embargo, como resalta Lefebvre:

... en la tradición marxista el concepto de ideología coexiste con un pesado realismo de la cosa y del objeto materiales [...]. La apariencia se realiza en un movimiento que atraviesa la sociedad. La "realidad" se disimula. Luego se trasluce y se modifica representándose. Lo cual va mucho más lejos que las tesis acerca del "reflejo" o las "superestructuras", pero exige una nueva elaboración. Los marxistas después de Marx y el propio Marx creyeron abolir las representaciones impugnables con el concepto y la crítica de la ideología. (Ibid., p. 31)

La crítica de las representaciones por una sólo representación (la del poder) elude el análisis de lo representado. Pero también Lefebvre en sus análisis de la imagen (la de la ciudad, por ejemplo) está en gran parte vaciando de contenido las formas preexistentes e imponiendo uno propio. Con sus aportaciones Lefebvre se sitúa en una sobreestimación de los procesos impositivo-generadores de la representación social del espacio eludiendo en parte, a nuestro juicio, el decisivo problema de la objetividad. Su discurso va más allá, pero deja inexplicada la cuestión. A sus análisis, discrepantes de los planteamientos tradicionales del marxismo, hay que reconocerles que abren el camino para las investigaciones sobre cómo se concretan (quizá radique ahí su objetividad) en la vida cotidiana estos procesos de representación.

En la vida cotidiana se parte de un "socius", lugares o realidad espacial en la que esta se desarrolla. La representación de la realidad espacial tiene una base experiencial basada en la misma realidad y en las características sensitivo-biográficas del individuo. Pero también el "lugar" que cada uno de nosotros tenemos dentro del espacio urbano – posición social y espacial a la vez – dan lugar a una "percepción distorsionada" o subjetiva. No olvidemos que hablamos de la representación del espacio

urbano, y en la ciudad se producen múltiples formas de segregación espacial. Según esto, múltiples serán también las formas de representación. Pero siempre habrá una representación dominante o imagen del espacio urbano, la cual es en parte objetiva (o cuyo sustento está en la percepción real sensible) y en parte es impuesta al sujeto-ciudadano. La acción social del individuo va a tener un papel preponderante en su representación del espacio.

REPRESENTACIÓN E IMAGEN DE LA CIUDAD

Una vez que han sido puestas de manifiesto las bases "perceptivas" o sensibles de toda representación, y que éstas constituyen el eslabón primero de toda representación o dominio simbólico, hemos de convenir que el espacio no es sólo importante en la experiencia, sino sobre todo en el conocimiento y, lo que es más, existe una correlación entre motivación y sistema referencial. No vemos lo que existe "objetivamente" más que en función de lo que deseamos ver al elegir el punto de vista sobre la totalidad del espacio.

Aquí radican precisamente, a nuestro juicio, las relaciones entre representación e imagen del espacio. Los ciudadanos son partícipes de un espacio "organizado" en el que predominan unos sistemas simbólicos, dichos sistemas imponen su representación del espacio urbano por varios conductos, siendo estos conductos dos fundamentalmente:

1. La propia posición espacial de los agentes o actores sociales urbanos – parte supraobjetiva de cualquier representación – a través de unas formas concretas de organización del espacio urbano y de los individuos dentro del mismo.
2. Por el control de la "socialización" espacial y de sus mecanismos – parte simbólica de la representación –, entre los cuales se encuentran de forma destacada: a) El dominio de los mecanismos "institucionales" de socialización. b) La imposición de unos códigos de selección-objetivación (el lenguaje muy destacadamente). c) Llenando los espacios de contenido y dotándolos de una topología simbólica que "ocupe" en lo posible los intersticios del mosaico urbano.

socialización – requieren de la individualizada interiorización de dichos procesos o imágenes dominantes. Cuestión ésta que se realiza, no sin resistencias, sobre todo en aquellos individuos y espacios – sólo comprendemos al sujeto si lo hacemos espacialmente – en donde los mecanismos de imposición no han podido vaciar absolutamente los contenidos culturales generados de forma natural y ligada en la relación de los individuos con su medio ambiente o espacio próximo.

Así, hemos de convenir en la existencia de una representación dominante o imagen de la ciudad, la cual se produce:

- 1º) En tanto que componente individualizado de la personalidad con una fuerte carga afectivo-emocional.
- 2º) En tanto que componente de la realidad social supra-objetiva.

De esta forma, una imagen va a ser progresivamente hegemónica sobre las otras mediante el control de las formas de organización espacial y de los mecanismos de socialización que en la ciudad se producen .

Para Lynch (1969 y 1975) y desde una perspectiva psicobiológica, relaciona la imagen de la ciudad con las funciones de “adaptabilidad” (del individuo con su entorno), de “legibilidad” y proximidad del medio (necesaria para la asimilación del entorno), de “identidad” (la imagen existe donde se percibe la identidad o individualidad del espacio), y por último con la “significación” (surgida de la relación práctica y emocional con el espacio urbano). De esta manera Lynch pone de manifiesto cómo las imágenes colectivas de la ciudad juegan un papel en las actividades por las cuales la ciudad se forma, cambia y evoluciona, y sobre todo hay que unir la imagen de la ciudad a la de las significaciones.

De gran interés las aportaciones de Lefebvre con respecto a que la imagen es una sustitución y una ausencia de contenido, no podemos estar totalmente de acuerdo con él en lo referente a la construcción de la imagen de la ciudad. Varias son las razones:

- En primer lugar, en la imagen de la ciudad los agentes o actores sociales no sólo coadyuvan al mantenimiento de ese tipo de representación dominante, sino que también contribuyen a su modificación profunda, siendo así que la imagen de la ciudad es una realidad dialéctica en continuo cambio según sea el estado de las fuerzas sociales que operan

en el seno de la ciudad.

- En segundo lugar, discrepamos de Lefebvre en que en la imagen de la ciudad no todo es vaciado o "ausencia". Difícilmente podrá ser total la expropiación de contenidos al existir "reminiscencias" culturales que históricamente no son disueltas o diluidas, y que también van a estar contribuyendo destacadamente a la configuración de la imagen de la ciudad. Bien es cierto, existen sutiles mecanismos de sustitución de contenidos, pero – sin a ello negarnos – muchos de los elementos que aparecen como marginales dentro de la ciudad están fuertemente enraizados en la afectividad de un importante número de ciudadanos. Estos elementos de arraigo urbano aparecen incluso materializados en términos de espacios o de símbolos concretos, a pesar de ser cierta la presencia de unos espacios o símbolos dominantes sobre otros.
- En tercer lugar, no todo está en la ciudad controlado por el poder: existen huecos e intersticios individuales y colectivos a los que es difícil llegar. Ellos suponen, con harta frecuencia, una contribución importante, e incluso decisiva, a la imagen de la ciudad: formas de ser, de hablar, de relacionarse, o simplemente de divertirse, escapan a la representación dominante y forman parte del constructo con el que la realidad urbana se muestra.
- En último lugar, en toda imagen de la ciudad hay un soporte material y topológico, producto de muchas generaciones en su acción de "moldeamiento" del espacio urbano. Estos soportes materiales – edificios, barrios, calles, etc. – son en "esencia" una parte sustancial de la imagen de la ciudad.

Muchas imágenes de la realidad sustituyen a ésta expropiándola de contenido. Las imágenes icónicas, especialmente la televisión, son metafóricas, "lo que aparece en la televisión no se refiere al mundo, sustituye al mundo" (Mauss, 1974), pero en la ciudad, en sus espacios sociales, el mundo existe realmente, habiendo múltiples posibilidades para el sujeto de vivirla, de generarse sus propias representaciones.

Nadie puede negar la dificultad de conocer la auténtica imagen de la ciudad, y ello por dos razones fundamentales: primero, porque hay diferentes representaciones e imágenes de ésta, y en segundo lugar, porque ¿hasta qué punto la imagen de la ciudad es el agregado o sumatorio de las diferentes representaciones?. Los individuos y los grupos se repre-

sentan al mundo, en parte, según su experiencia y en base a ella lo valoran. Rapoport (1978, p. 57) analiza la composición de las imágenes urbanas:

Las imágenes se componen tanto de valores como de hechos. Los valores expresan una evaluación del mundo en términos de mejor o peor, o influyen decisivamente en lo que vemos y en lo que hacemos, y aunque las imágenes sean subjetivas, actuamos como si fueran algo compartido por muchos. Podríamos clasificarlas, pues, en imágenes muy compartidas, imágenes de pequeños grupos, e imágenes privadas .

Pero también los grupos sociales juegan un destacado papel en la imagen de la ciudad al abordar el medio ambiente con diferentes códigos y desde diferentes ópticas (interpretaciones), sin restar por ello "objetividad" a la representación de los símbolos, en tanto que éstos se sustentan en una realidad espacial que a todos los determinan.

Efectivamente, dentro del espacio urbano conviven diferentes formas de representación de la ciudad y, por tanto, diferentes imágenes. Pero un hecho es decisivo: esas distintas imágenes suelen tener elementos comunes objetivables. Desde el preciso momento que en la ciudad se producen formas de segregación espacial, se generan las condiciones para que las percepciones y las motivaciones que dan lugar a la representación sean intencionalmente distintas. La imagen de la ciudad no es propiamente un agregado de imágenes, sino que es la objetividad misma, o sea, como está realmente organizado el espacio urbano. Como señala Alain Toraine (1973, p. 227-228):

La imagen de la ciudad está en las antípodas de la idea de comunidad urbana, que a menudo se opone a las ciudades cuyo crecimiento ha estado ligado al de la industrialización. Tal imagen no descansa sobre la búsqueda de la integración y de la participación social, sino sobre la complementariedad y la separación de centros de emisión cultural y vida personal, ocupados por un habitat disperso donde la 'naturaleza' se mezcla con la trama urbana laxa.

Dentro de la ciudad hay jerarquías espaciales que a la vez son también sociales. Toda segregación se presenta como un proceso conjunto de separación y de subordinación del individuo y los grupos en el espacio (Pinçon, 1982), de tal suerte que las representaciones participan de la

producción de espacio dentro de la ciudad. El sujeto tiene en sus comportamientos individuales, aprendidos desde los primeros años de su vida, cuáles son las distancias a las que ha de mantenerse de los otros miembros de su grupo y cuáles son las fronteras o límites espaciales de su relación. En ello juegan un papel decisivo la propia organización-producción del espacio urbano y la interiorización de las normas y pautas de comportamiento de los grupos sociales (Sommer, 1974). En base a esas "fronteras" (físicas y simbólicas) los individuos van a tener sus espacios de referencia en cuanto a la "influencia interpersonal" socialmente estructurada dentro de la propia organización espacial de la ciudad. (Merton, 1980, p. 496)

Como ya hemos señalado, la realidad espacial del individuo es ante todo una realidad cotidiana, esto es, una realidad en la que los sujetos se ligan afectivamente a su ciudad. En esa ligazón hay todo un conjunto de relaciones empático-emocionales que dotan al ciudadano de identidad. En el suelo está el grupo, y a través de su vinculación espacial el individuo se liga a sus semejantes. Esta es una de las claves de la historia de la humanidad; nada peor para el sujeto que carecer del suelo en el que asentarse, estableciendo a través de él un vínculo profundo con sus semejantes. Como dice Halbwachs (1950, p. 39):

Los miembros del grupo ocupan un suelo, una comarca, un territorio que, en cierto modo, forma parte de ellos mismos y del propio grupo. Volvemos con ello al apego al suelo como aparente causa inicial de la importancia que hay que atribuir a los otros dos motivos: apego a la familia y, en una aldea, por ejemplo, el apego a las familias vecinas. Es siempre el suelo, la tierra, lo que ocupa el primer plano....

Así, pues, según sean las relaciones de vinculación espacial, así será el tipo de imagen de la ciudad que el sujeto se va a ir construyendo. Por esta razón y no otra, las relaciones espaciales cuanto más arraigadas estén en las estructuras profundas del individuo, más participativas serán. Por ello habrá que resaltar todos aquellos elementos – que contribuyan a artificializar las relaciones espaciales; así, por ejemplo, un modelo puro de relaciones de intercambio funcional con el espacio urbano expropiaran de contenido el significado de la ciudad (en el sentido que le atribuye Lefebvre); justamente en este sentido opera, en términos generales, la acelerada revolución técnica que penetra a marchas forzadas en la vida

cotidiana de las ciudades internacionalizando los espacios y, en buena parte, destruyendo la vida local como mejor exponente del sentimiento colectivo de comunidad.

Queremos insistir aquí, brevemente, en el sentimiento de "comunidad" como un modelo social de relaciones espaciales en el que la ciudad aparece como un elemento distorsionador. En este sentido, los clásicos ya mostraron su preocupación, bien sea a partir de la "acción comunitaria", como es el caso de Max Weber (1975, p. 294): "La acción comunitaria puede tener muy distinta intensidad y, en algunos casos, especialmente en las relaciones urbanas modernas, descender muy cerca del punto cero", o en cuanto a la magnitud, como Mannheim (1960, p. 119): "Por otra parte, en las ciudades más grandes, el sentido de ayuda mutua tiende a desaparecer. El método voluntario de atender a las necesidades comunes se usa poco en este caso. La comunidad se ha hecho demasiado grande para que sus miembros se conozcan personalmente y para actuar coordinadamente. La comunidad se ha hecho tan diferenciada que el sentido de necesidades comunes que han de ser atendidas por todos se ha apagado"; o por Tonnies (1979, p. 27-29, 273), diferenciando entre "sociedad" y "comunidad": "Toda convivencia íntima, privada, excluidora, suele entenderse como vida en *Gemeinschaft* (comunidad). *Gesellschaft* (sociedad) significa vida pública, el mundo mismo [...]. Doquiera que la cultura urbana florezca y alumbre, aparecerá la *Gesellschaft* como órgano indispensable. En el campo apenas se sabe de ésto. Por otro lado, toda alabanza de la vida rural ha reparado en que la comunidad de sus gentes es más fuerte y se mantiene más viva; constituye la forma genuina y perdurable de la convivencia. En oposición con la *Gemeinschaft*, la *Gesellschaft* (asociación) es transitoria y superficial. A este tenor, la comunidad debiera ser entendida como organismo vivo y la asociación como un artefacto, un añadido mecánico", aunque apostilla Tonnies sobre la persistencia en la ciudad de ciertos elementos de la comunidad:

Sólo cuando la ciudad se convierte en urbe puede decirse que esas características se pierden casi por completo [...]. Pero como la ciudad pervive dentro de la urbe, ciertos elementos vitales de la comunidad, como forma real de vida, persisten dentro de la asociación, aunque languidecientes y en decadencia.

La ciudad griega ha sido puesta en muchas ocasiones como modelo de participación social en la que tenía un papel predominante la propia organización social de su espacio (Gomez Arboleya, 1976, p. 45-51) (Moya, 1979, p. 71-73). Pero hoy, el análisis de la ciudad no puede ser realizado por fuera del estudio de la sociedad industrial, esto es, de cómo se produce y se organiza el espacio industrial, pero sin olvidar la importancia que elementos tales como la vida comunitaria tienen en la representación del espacio urbano (Ledrut, 1974, p. 19):

El estudio de la ciudad especialmente considerada como formación global o práctica vital, se presenta hoy como estudio de la sociedad industrial con la cual se encuentra estructuralmente relacionada: el ciudadano es el productor o el consumidor localizado en el espacio; lo urbano es el espacio de la sociedad industrial. Pero aunque ello incide en un análisis en términos de sistema industrial, desde las múltiples disciplinas que de él se ocupan (especialmente la economía), sigue siendo pertinente interrogarse por la ciencia de las ciudades, sus métodos y su objeto [...]. El arraigo – vale decir, el vínculo con una comunidad local – no constituye una determinación sociológica de poca importancia. Tiene su fundamento en las condiciones más profundas de la formación de colectividades.

Para que los procesos comunitario-participativos puedan tener presencia en la configuración de la imagen de la ciudad por fuera de las imposiciones segregacionistas en que el espacio industrial organiza a los individuos, y por tanto a sus respectivas representaciones de la ciudad, será necesario influir en las claves simbólicas que legitiman la imagen de la ciudad como representación dominante, al igual que truncan las bases de organización urbana en que se sustenta dicho espacio. Sennet (1975, p. 150-151) con su singular maestría y claridad pone de relieve la importancia de la participación de los ciudadanos así como de la planificación urbana:

Edificar una comunidad de supervivencia donde los hombres afronten las diferencias que les rodean requerirá dos cambios en la estructuración de la vida urbana. Uno será un cambio en el alcance del poder democrático en la ciudad; el otro será un cambio en el concepto del orden en la planificación de la ciudad.

Un cambio en el tipo de relación con el espacio supondrá, pues, una nueva representación de éste y, por consiguiente, un cambio en la base material y simbólica objetiva que lo sustenta, esto es, en la imagen de la ciudad.

Para poder conocer la lógica de la imagen de la ciudad habrá de contarse, por tanto, con una doble faceta: de un lado, con la determinación que el espacio tiene – relaciones de los individuos entre sí “en” y “con” el espacio – como máximo condicionante de la representación de la ciudad, y, de otra parte, con la capacidad transformadora de la realidad espacial que los individuos tienen en tanto que ciudadanos..

En un inicial nivel de análisis, nos encontramos con el carácter dinámico y cambiante – como la propia sociedad industrial – que la imagen de la ciudad tiene fruto de unas relaciones sociales espaciales y de unas mutaciones topológicas que sedimentan y cristalizan en espacios diferenciales y simbólicos.

La ciudad como realidad espacial supra-objetiva es el elemento más determinante de cuantos en su percepción intervienen. Exponente histórico-cultural de unas relaciones sociales, de una *physis* espacial (ecosistema) y de una forma (*topos*), constituye una amalgama de elementos urbanísticos, industriales, simbólico-arquitectónicos y socio-espaciales. La forma que toma la ciudad, en su ordenación espacial, la distribución de los individuos en su espacio, la constitución de unas “funciones”, un “ethos” y un “pathos” social determinado de la ciudad, son el elemento histórico-espacial que más va a configurar la percepción de los ciudadanos. Este carácter espacial objetivo: lo que la ciudad es y como es realmente, habrá de ser, pues, el referente más consistente de cuantos contribuyen a la imagen de la ciudad. Podemos hablar, pues, de la imagen como la parte dura o basamento de toda representación espacial.

Así podemos atestiguar que las formas que el espacio urbano posee son producto de la propia realidad social. La imagen de la ciudad se ve relacionada por la propia relación dialéctica que establecen los individuos como generadores de respuestas en su relación con el medio espacial (cultura). La posibilidad de transformar esa “objetividad espacial”, es uno de los retos que el individuo tiene ante sí. Ledrut (1984, p. 178) da una visión de la complejidad y alcance del problema de la realidad social representada por el individuo:

La lógica de la existencia, de la “acción-representación-afección” es la misma lógica de la constitución del mundo, es decir, de los espacios, de los

tiempos y de las formas [...] el hombre no existe más que en las formas sociales que son como expresiones de la vida de "relación", que son de alguna manera las convicciones diversas y variables de la existencia humana. Estas son las objetivaciones gracias a las cuales los hombres desarrollan su existencia. Estas no son realidades "objetivas" en el sentido psíquico del término, ni puras ilusiones. Estas son, como diría Leibniz, "apariencias bien fundadas". Y estas apariencias que tienen su realidad en su propia necesidad son los únicos medios de acceso a una vida social que jamás se da absolutamente al exterior de las acciones y de las representaciones de los hombres.

No se pueden, pues, separar las formas de la propia realidad, y es por ello que la forma es "construida" y a la vez recibida, en este sentido hablar de juego de factores objetivos y subjetivos en la construcción de la realidad social puede llegar incluso a ser inexacta, en la medida que conviven ambos elementos. Para Ledrut (Ibid., p. 179) nada más impreciso que establecer en el análisis de la realidad social esta dicotomía:

El término mismo de interacción es impropio porque supone la existencia de elementos separables y distintos. La realidad social no es el producto de factores objetivos y subjetivos. Ella posee una unidad más grande que la diversidad de sus componentes. Sus elementos mismos son de manera indisoluble objetivos y subjetivos dado lo "material" y lo simbólico de la representación. Así, las formas sociales no tienen existencia ni en la sola conciencia de los hombres – suponiendo que se pudiera prescindir de su objeto – ni en la realidad exterior a esta conciencia. Ellas son indisolublemente objetivos y subjetivos [...]. Como tales, las formas sociales juegan, pues, un papel esencial en nuestra comprensión del mundo social.

Ledrut postula así la imbricación de lo individual y lo social; dicha unidad comporta no negar la individualidad de la representación pero desde la propia materialidad en que ésta se construye, es decir, en la sociedad. Así, la imagen de la ciudad es objetiva, pero también el sujeto tiene la posibilidad de transformar esa "objetividad espacial".

Referências bibliográficas

- BERGER-LUCKMAN. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- CASSIRER, E. *Filosofía de las formas simbólicas*. México: FCE, 1976.
- COMBART DE LAUWE. *Des hommes et des villes*. París: Payor, 1963.
- DURKHEIM, E. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal, 1982.
- GIIDDENS, A. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza, 1996.
- GOMEZ ARBOLEYA, E. *Historia de la estructura y del pensamiento social*. Madrid: I. E. Políticos, 1976. p. 45-51.
- HALBWACHS, M. *Las clases sociales*. México: FCE, 1950.
- HOBBS. *El ciudadano y Leviatán*. Madrid: Técnos, 1982.
- HUSSERL. *Ideas*. Madrid: FCE, [s.d.].
- KANT, E. *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara, 1985.
- KOHLSDORF, M. E. *Desenho urbano e um compromisso entre liberdade individual e responsabilidade coletiva*. *Cadernos de Arquitetura e Urbanismo*, Belo Horizonte, n. 2, p. 192, ago. 1994.
- LEDROUT, R. *El espacio social de la ciudad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1974.
- LEDROUT, R. *Le forme et le sens dans la societe*. París: Librerie des Meridiens, 1984.
- LEFEBVRE, H. *La presencia y la ausencia; contribución a la teoría de las representaciones*. México: FCE, 1983.
- LYNCH, K. *La imágen de la ciudad*. Buenos Aires: Infniito, 1969.
- LYNCH, K. *¿De qué tiempo es este lugar?*. Barcelona: Gustavo Gili, 1975.
- LUKÁCS. *Estética*. Barcelona: Grijalbo, 1982.
- LUKES, S. *Durkheim: su vida y su obra*. Madrid: CIS-SXXI, 1976.
- MANNHEIM. *Sociología sistemática*. Madrid: Rev. de Derecho Privado, 1960.
- MARTIN MATEO, R. *Tecnópolis*. In: *CAMBIO social y modernización*. Generalitat Valenciana. 1986.
- MARX, K. *Sociología y filosofía social*. In: BOTTOMORE, Tom (Comp.). *Sociología*. Barcelona: Península, 1978.
- MAUSS, M. *Representations collectives*. París: Minuit, 1974. (Oeuvres Complètsd, v. 2).
- MERLEAU-PONTY. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península, 1975.

- MERTON, R. K. *Teoría y estructuras sociales*. México: FCE, 1980.
- MOYA, C. *De la ciudad y de su razón*. Madrid: CUPSA-Planeta, 1979.
- MUNTAÑOLA TRORNBERG, J. *Topos y logos*. Barcelona: Kairós, 1978.
- MUNTAÑOLA TRORNBERG, J. *Topogenesis dos*. Barcelona: Oikos Tao, 1979.
- MUNTAÑOLA TRORNBERG, J. *Didáctica mediambiental; fundamentos y posibilidades*. Barcelona: Oikos Tao, 1980.
- PELLEGRINO, P. *Espaces et culture*. Suiza: Georgi, S. Saphorin, [s.d.].
- PIAGET, J. *Les mecanismes perceptifs*. París: PUF, 1971.
- PIAGET, J., FRAISSE, P. *La percepción*. Buenos Aires: Paidós, 1973.
- PINÇON, M. *Cohabiter*. París: Ministère de l'Urbanisme et du Logement, 1982.
- RAPOPPORT. *Aspectos humanos de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gili, 1978.
- SANCHEZ VERA, P. *Representación de un espacio urbano*. Valencia: Nau-Llivres, 1986.
- SANCHEZ VERA, P. *Anotaciones sobre la representación y la imagen del espacio*. *Cuadernos de Ciencia Política y Sociología*, n. 19, p. 11-26, julio 1987.
- SENNET. *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Península, 1975.
- SCHELER, M. *Conocimiento y trabajo*. Buenos Aires: Nova, 1969.
- SIMMEL, G. *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1976.
- SIMMEL, G. *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: *Revista de Occidente*, [s.d.].
- SCHOPENHAUER, A. *El mundo como voluntad y representación*. México: Porrúa, 1983.
- SOMMER, R. *Espacio y comportamiento individual*. Madrid: IEAL, 1974.
- TONNIES. *Comunidad y asociación*. Barcelona: Península, 1979.
- TOURAINE, A. *La sociedad post-industrial*. Barcelona: Ariel, 1973.
- VIDAL BENEYTO, J. *Comunicación y sociedad; un amor imposible*. In: **CAMBIO Social y Modernización**. Generalitat Valenciana, 1986.
- WEBER, M. *Economía y sociedad*. México: FCE, 1975.